

Juaritos vive

Pablo Rojas

I.

A pesar de una ola de violencia que parece perpetuarse, una ola dúctil pero que mantiene a su vez el pico más alto constante, permanente; a pesar de la represión, a pesar de los muertos, de los asesinados; a pesar del miedo que se posa y empapa la vida cotidiana de quienes se la rifan aquí, por alguna razón, *Juaritos* (apelativo que alguna vez fue considerado como peyorativo y hoy es rescatado y resignificado) vive.

La razón no es explícita en todo momento, pero se muestra, eficiente, en su recorrido por vías poco exploradas: canales de resistencia, a veces visibles, a veces no, que derivan en la construcción de pequeñas redes de solidaridad y en un No rotundo a la normalización de la violencia.

Darío no está muerto. “Se la peló el policía”, dice en su casa, convaleciente, con el cuerpo desgarrado por la bala que lo atravesó. Estuvo al borde/frontera de la muerte. No cruzó esa frontera por alguna razón que tiene que ver con la vida, y no la muerte, en Ciudad Juárez: Una joven junto con un médico de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ)

que pasaba por ahí llevaron a Darío en su carro hasta el hospital (la Cruz Roja, a cinco minutos del lugar, llegó una vez que ya nada sucedía). Esta joven mujer, cuyo nombre se guarda, le salvó la vida a Darío, de 19 años y estudiante de sociología en la UACJ, a costa de arriesgar la suya. No se conocían, no eran amigos, no militaban juntos. Esas redes de solidaridad, otra vez, a veces ocultas, se muestran.

“Esa morra me salvó la vida”, dice Darío. Luego contará los sucesos de aquel día de octubre que por poco terminan con él.

El miedo tiene un límite

Las paredes y muros de gran parte de la ciudad están abandonados. Pocas pintas o murales tienen su espacio para decir, gritar, denunciar, lo que pasa aquí. El miedo tiene a las paredes estáticas. Un grupo de jóvenes decidieron, previo a la realización de un foro en contra de la militarización y el juvenicidio en Juárez, “rayar”, graffitear, durante una marcha para que quedara constancia de lo que sentían. “El *rayar* es válido, te puede dejar el mensaje para que alguien más lo vea... la marcha se va, pero la pinta queda”, señalan Darío y Alex. “Estábamos apoyando a la raza, buscábamos un espacio para expresarnos; y el rayar nos unía junto con ciertos ideales”, cuentan. Hacían esténciles, dibujos y algunas pintas más directas junto a otros compañeros suyos. Minutos antes de que cayera abatido por una bala de un policía federal, Darío había *rayado* en la fachada del edificio del PRI en esta ciudad: “Capitalismo Salvaje”.

Estaban en una marcha más, en la “XI Kaminata contra la muerte”, para denunciar que en *Juaritos* están matando a los jóvenes, cada vez más, con la complicidad de la Policía Federal y el ejército. Ahí le dispararon.

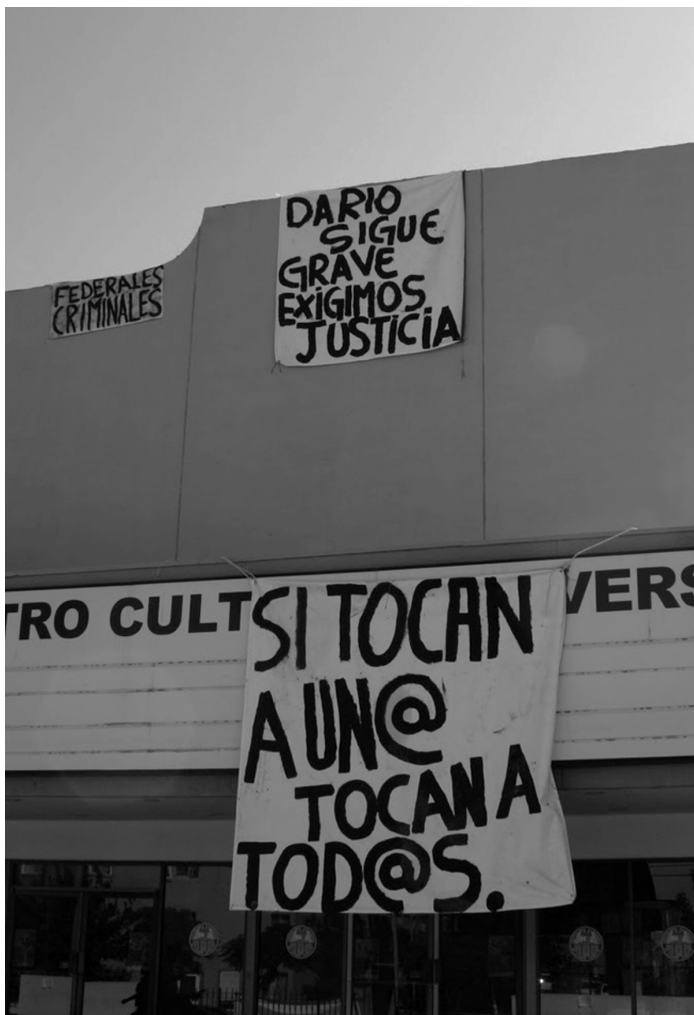
En enero de 2010, en Villas de Salvárcar fueron asesinados 16 jóvenes. Ocho meses después, en Horizontes del Sur, otro fraccionamiento construido para trabajadores de la maquila en Ciudad Juárez, algo muy similar ocurrió: en la fiesta por los 14 años de un jovencito, nuevamente un “comando armado” (como les gusta repetir a los medios de comunicación) acabó con la vida de 13 *morros* y *morras*. “Los asesinos están muy tranquilos porque cuando hay ‘comandos armados’, ninguna autoridad investiga”, dice una estudiante. Como en Villas de Salvárcar, las ambulancias y la autoridad tardaron una eternidad. Como en Villas de Salvárcar, quisieron nuevamente

minimizar los hechos y responsabilizar a las víctimas, aduciendo que había un comprobado delincuente en la fiesta. “En todos los medios y las conversaciones, se hablaba del supuesto delincuente, que dónde está, que quién era, en vez de condenar la masacre y buscar a los responsables”, dice un estudiante de la UACJ. Como en Villas de Salvárcar, jóvenes provenientes de familias humildes fueron asesinados a sangre fría. En Horizontes del Sur sabemos los nombres. Allí murieron: Daniel, de 17 años; Gabriela, de 19; Luis Ángel, de 20; Martina (madre del cumpleaños) de 30; Ricardo, de 19; Luis Alberto, de 17; Ismael, de 22; Lucía, de 20; Daniel, de 16; Claudia, de 13 años, y tres personas no identificadas de 23, 20 y 25 años de edad. Un padre de familia dijo: “Eran jovencitos, muchachitos que pueden andar mal vestidos pero eso no los hace criminales”. Mal vestidos, pelos alborotados, pobres.

“No matan narcos, nos están matando a todos”, dice Darío.

Por el miedo que se enquistó, lo ocurrido en Horizontes del Sur ya no tuvo la misma resonancia que la masacre-espejo que la precedió en Salvárcar. “Pero el miedo *tiene un límite*”, señala J (por motivos explicables, la mayoría de nombres se omiten en este trabajo), y después del intento de asesinato de Darío, ese miedo se esfumó, aunque fuera durante un tiempo.

“Pensamos que estaba muerto”, señalan estudiantes que participaban en la Kaminata. “Nos llenamos de rabia y empezamos a tirar piedras a los policías y a sus camionetas, ellos disparaban, pero nadie de nosotros se movió: la indignación, la impotencia y el coraje podían más”, cuentan. En su huída, una de las camionetas de la Policía Federal quedó medio destruida. “Luego se dieron a la fuga”. “Huyeron como delincuentes. ¿No se supone que son los delincuentes comunes los que luego de cometer un delito huyen tratando de no dejar pruebas? Pues así huyó la policía”, cuenta N, otro estudiante de la UACJ. Hubo personas que con sus vehículos trataron de cortar el camino a las camionetas de la policía. Se las hicieron difícil, aunque al final lograron escapar.



“La gente de Juárez está harta de la violencia, pero también harta, hasta el culo, de la policía y del ejército”, dice una joven. Unas horas después de ser baleado Darío, un puñado de estudiantes, muchos de ellos miembros de La Otra Campaña, tomaron el edificio principal del Instituto de Ciencias Biomédicas (ICB) de la UACJ. “Éramos doce y no sabíamos bien qué hacer, pero teníamos la indignación, el coraje, impotencia, todo revuelto, queríamos actuar”. “Nos equivocamos en cosas, estábamos muy nerviosos, pero la decisión fue la de tomar el ICB por lo que había pasado, no podíamos dejar pasar un hecho tan grave, estábamos indignados”.

Darío y Alex cuentan:

“Estábamos rayando, éramos cuatro y traíamos latas, pero la policía no estaba en ese momento. Luego, mientras caminábamos cerca de la universidad para alcanzar la marcha, se empezaron a acercar dos camionetas de la Policía Federal. No nos dijeron nada, sólo de repente se bajaron los policías de las trokas. Empezamos a correr”.

Darío quedó al final. En la corredera un policía lo perseguía de cerca. Después, la confusión. Corrieron al interior de la universidad. Alex asegura que hubo

disparos previos al que casi mata a su compañero. Darío dice que el primero fue para él. No importa, todos saben y coinciden en que fueron al menos cuatro disparos los que hizo la policía. Uno de ellos fue premeditado y a quemarropa contra el cuerpo de Darío.

“Cuando me disparan ya estábamos en la UACJ, todos nos dispersamos y sólo sentí el pinche plomazo, caí de frente muy cerca de un coche que pasaba en el estacionamiento”. El policía tuvo tiempo de cortar cartucho en su rifle y apuntarlo: “tiró a matar, no hay duda”, dice Darío. Esas balas de alto poder entran al cuerpo y lo desgarran por dentro. Ya caído, la policía quiso llevarse el cuerpo del joven: “levántate cabrón, levántate, me gritaban y me jalaban de la pierna... levántalo decía otro policía”. La joven que manejaba el coche, salió de su vehículo e increpó a los policías.

Alex salió del edificio universitario, se acercó y pensó que Darío estaba muerto. Las vísceras le habían estallado.

“Estoy destrozado por dentro”, cuenta Darío. Literalmente está destrozado. Después de un mes de hospitalización ya puede caminar e incluso va a la escuela, nada más que no tiene intestinos y tiene una herida abierta que le abarca casi todo el torso.



Alex y Darío están concientes de que lo que pasó no fue un “accidente” casual con la policía; simplemente, ahora el hecho fue público. “Qué triste que tenga que pasar algo así en público y culero para que nos demos cuenta que estas pendejadas suceden a diario”. Alex cuenta: “son los mismos que cada fin de semana te paran, por ser joven, por ser greñudo. Todo mundo está hasta el culo de los federales. Viene la tira y hacen lo que quieren, hay muchos casos en donde a esos cabrones ‘se les pasa la mano’... pero el miedo a veces puede más, pero todos, todos, tenemos algo que contar”.

II.

Todos tienen algo que contar en Juárez.

Todos tienen algo que restar en Juárez: a cientos de personas, a un montón de seres queridos. Una estudiante piensa que tal vez su vida será corta, pero prefiere alzar la voz “porque ya todo mundo se da cuenta de que puedes no estar *metido en algo* y ser asesinado, desaparecido. Es mejor luchar —dice— para que esto no quede así... tenemos que hacer algo”.

Las fronteras internas dibujan a diferentes Juárez: la de los antros que todavía sobreviven y son vigilados por retenes permanentes de la Policía Federal; la de los barrios que no son vigilados sino hostigados por policías; al este, las maquilas que se han ido escurriendo, tapando los campos algodonereros que estuvieron alguna vez ahí. Como extraña paradoja, el Río Bravo camina con un cauce muy bajo y, del otro lado, se asoma la segunda ciudad más segura de Estados Unidos.

“La ciudad está partida, hay grandes zonas dormitorio para los que trabajan en la maquila, sin ningún tipo de servicio y, por el otro lado, tienes a las zonas residenciales amuralladas”, dice A, maestra de preparatoria.

En enero del 2010, era el ejército el que patrullaba las calles y en quien caían las denuncias sobre atropellos a los derechos humanos de los habitantes de *Juaritos*. Hoy la estafeta (aunque el ejército no se va) se la pasaron a la Policía Federal. Ellos ocupan hoteles por doquier, golpean a estudiantes,



extorsionan a negociantes. Nadie les tiene confianza. Y no es una exageración. No hay una sola persona que opine que le tiene respeto a la policía, o que no haya sido testigo o víctima de los malos tratos, extorsiones, detenciones y golpes. Pero el miedo queda. “Cuando se *quem*en los federales, vendrán de nueva cuenta los soldados y sus abusos, y así seguiremos”, dice una mujer de Juárez.

Hospitales de esta ciudad cerraron sus puertas escalonadamente ante la ola de asesinatos contra médicos y personal hospitalario. El tema de conversación es la muerte, la violencia, pero también la nula confianza que se tiene en las autoridades. A veces se dice en voz baja, pero se dice.

Cuando los estudiantes “tomaron” el edificio del Instituto de Ciencias Biomédicas de la UACJ muchas cosas pasaron. Lograron, en principio, que el intento de asesinato de Darío fuera noticia por todos lados y que se prestara atención a la rabia e indignación de muchos. Lograron, después, evidenciar que las redes solidarias existen y que estaban ahí, venciendo al miedo: “Señoras y familias se nos acercaron con algo para comer; hubo una mujer que venía con su familia a la que le estábamos explicando el porqué habíamos cerrado el ICB, ‘sí, ya sé, sólo vengo a traerles unos jugos y a apoyarlos’, nos decía”, cuenta L, una estudiante de la UACJ y parte de La Otra Campaña.

En varias ocasiones, los estudiantes han portado mantas que dicen: “los federales son los criminales”. “Ha quedado esa consigna, es la que más enciende, porque la gente se identifica”, dice un estudiante. En las calles, personas se han acercado a ellos y en voz baja les dicen: “estoy de acuerdo”, “así es”. Algunas señoras después de mostrar su acuerdo, les dicen “nomás cúidense y cúbrete el rostro mi’jo”. Saben que andar en manifestaciones en una ciudad como Juárez, no es cualquier cosa.

Romper el miedo

“Nos tienen miedo, porque no les tenemos miedo”, ha sido una consigna muy socorrida en *Juaritos*. Es fuerte porque revela la lucha que contra el miedo llevan a cabo muchísimos jóvenes en esta ciudad. Al siguiente día de la balacera en la UACJ, una marcha de más de 2 mil 500 personas, la mayoría estudiantes de la Universidad, la coreaba con coraje. También había otras consignas: “Es normal tener miedo, lo importante es afrontarlo”. Nadie aquí niega tenerlo, nadie lo esconde.

“Yo sí tengo miedo, pero me lo aguanto”, dice F, un joven estudiante. “Se está convirtiendo en un modo de vida. Parecemos ratas que nos estamos escondiendo... Le tengo más miedo a vivir en un

mundo en donde yo no pueda ni siquiera pensar, pensar en un mundo diferente, pensar en que las cosas pueden ser distintas. Me he movilizado por gente que ni conozco. Tengo miedo pero el miedo te tranquiliza, se convierte fácilmente en indignación, y la indignación la organizas”.

Actos como la “toma” del ICB son parte de esas acciones para vencer al miedo.

III.

“Hay que romper el encierro en el que están los chavos”, señala A. “Es un tema cotidiano en las aulas, porque todos aquí vivimos un duelo, la mayoría directamente”. “A veces, incluso tienes que guardar y dejar encerrado tu dolor porque si te matan a alguien, ‘seguro era narco’, se piensa”. Ni muerto, el estigma desaparece. Los jóvenes “no tienen ninguna oportunidad, la primera claro, será la maquila, para eso se les enseña a los chavos, para ser parte del mercado de trabajo de la maquila, y no hay para dónde hacerse”. “Te dicen: aquí está la escuela y aquí está la maquila, pero ¿dónde la escuela y la salud, dónde la escuela y la justicia?”.

La maestra de preparatoria señala: “Le tenemos miedo al narco, sí, pero más a la PFP y a los policías. Los jóvenes están desempleados o ganando nada en la maquila, luego alguien les ofrece 20 dólares por entregar un paquetito, ¿qué haces?”. Y se pregunta: “¿Quieren cambiar las cosas enseñando valores?, ¿que suban los salarios de hambre, que den mejores trabajos!, ¿hay que cambiar el sistema!, éste es un sistema de muerte”.

“¿Estado fallido?, lo que vivimos es el Estado neoliberal en plena operación”, concluye.

Julia Monárrez, académica del Colegio de la Frontera Norte, señala: “Se ha institucionalizado la violencia en nuestra población. Se trata de muertes artificiales producto de la voluntad de un grupo. Desde los años 60 (cuando las primeras maquilas llegaron a configurar un nuevo Juárez), las mujeres y hombres son descartables aquí”.





Y para muestra: los feminicidios en esta fronteriza ciudad siguen ocurriendo, hoy un poco opacados por la ola de violencia que golpea con dureza a l@s jóven@s, a mujeres y clase trabajadora de la ciudad (mujer que desaparece en esta ciudad, engrosará las listas de víctimas de la “narcoviolenca”, y ya nada se investigará). Hasta octubre de 2010, se habían reportado 191 asesinatos en contra de mujeres en Ciudad Juárez, el doble que en el mismo periodo del año pasado.

En *Juaritos* hay dolor, y si no son exageraciones los niveles de violencia, de represión y de miedo, lo que sí es una exageración es pensar que el tejido social en Juárez, de alguna manera, se rompió.

Por el contrario, es ese tejido el que ha hecho permanecer a la sociedad civil de *Juaritos* en pie. Ese tejido no permanece gracias a los gobernantes ni a sus políticas, ni a los medios de comunicación, ni gracias a la filantropía y sus *ogros*. Se mantiene a pesar de ellos y, sin duda, lo más sólido proviene del *Juaritos* de abajo: son esas señoras llevando comida a unos estudiantes que no conocen; esas personas que llevan al hospital a un joven desangrándose, médicos que cierran un hospital en protesta por la violencia contra los suyos, o alguien que te pide que por tu seguridad, te cubras el rostro, mi'jo.

Carta de José Darío Álvarez a la Revista *Rebeldía*:

A todos los compañeros y compañeras que lean esto: les envío un saludo, y quisiera aprovechar este pequeño espacio para hacerles saber que estoy inmensamente agradecido con toda esa gente que estuvo brindando su apoyo y demostrando su inconformidad por la injusticia cometida por parte de la Policía Federal Preventiva. En verdad me impresionó mucho todas las diversas formas de apoyo y la solidaridad tanto dentro de la ciudad como fuera de ella. Gracias a todas esas personas. Y otro mensaje que me gustaría compartir con ustedes es que no siempre hay que esperar a que pase una tragedia muy grande o muy fuerte para darnos cuenta de tanta injusticia y para hacerle frente. Puedo comentar que vivo en una ciudad donde a diario sucede injusticia tras injusticia y sé muy bien que en todas las otras partes es así, cosa que me preocupa porque jamás termina este mal que nos acecha. En mi caso y en el de muchas otras personas más, me topé con alguien que abusó de su supuesta autoridad. Ya se ha visto que el hombre mediante la búsqueda y ejercicio del poder se ha podrido por dentro. Sólo para terminar espero que hagamos un poquito de conciencia todos y nos preguntemos ¿qué hacer para terminar con esa maldad que no nos deja vivir en paz?